



LA **FE** DEL HOMBRE, RESPUESTA AL AMOR DE DIOS

TEMA 2 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 2 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- ¿Cómo podemos nosotros responder a una Revelación que se completó y, por tanto, en cierto modo se cerró hace dos mil años? La Tradición es el modo en que la Revelación de Dios sigue presente en medio de nosotros como algo vivo.
- La Revelación hoy llega a nosotros en la vida de la Iglesia.
- La oración, con el estudio y el testimonio de la fe, hacen que esta crezca y madure, se haga más sólida, más firme, más vital.

DESARROLLO

A la luz de lo que hemos dicho anteriormente, debemos ahora enfrentarnos a una pregunta seria y, sobre todo, necesaria para nuestra vida. Hemos dicho, por un lado, que la fe es la respuesta humana de adhesión al Dios que se ha revelado. Por otro, hemos afirmado que la Revelación ha encontrado su meta y su plenitud en Jesucristo. Esto quiere decir que ya no hay, propiamente hablando, Revelación. ¿Cómo podemos nosotros responder a una Revelación que se completó y, por tanto, en cierto modo se cerró hace dos mil años?

Hay que entender bien en qué sentido decimos “se cerró”. Significa que lo que la Iglesia cree estaba ya –todo ello- contenido en lo que Dios a lo largo de los siglos reveló a Israel y, finalmente, en lo que Jesús entregó a los Apóstoles y estos a la Iglesia. La Revelación es como un depósito admirable que la Iglesia –asistida por el Espíritu Santo- va conociendo cada vez mejor. La Revelación se transmite en la Iglesia de generación en generación y lo hace como vida, no solo como “enseñanza”. No se trata de un saber misterioso que los maestros se comunican secretamente, no. Se trata de la vida misma de la Iglesia, expresada en sus sabios escritores, en los santos Padres, en los Doctores de la Iglesia, en los santos, en los textos litúrgicos, en la vida de caridad, en el testimonio que unos nos damos a otros... A esto es a lo que llamamos Tradición, así, con mayúscula. La Tradición es el modo en que la Revelación de Dios sigue presente en medio de nosotros como algo vivo, no como un fósil, o como unos restos arqueológicos, muertos ya y anclados en el pasado. Tradición no es una idea que resulte hoy cómoda para nosotros, pues solemos identificarlo con falta de espontaneidad y libertad, con poca audacia en el pensamiento, con rutina y costumbre, con lo antiguo. Al contrario, en la vida cristiana la Tradición es vida, es la plenitud de vida que se nos ha transmitido a través de la cual Dios sigue hablándonos.

Esto es lo que debemos tener fundamentalmente en cuenta: Dios sigue hablando hoy con los hombres. Sigue hablando hoy con nosotros. El diálogo amoroso por el cual Dios sale de sí mismo y viene a nuestro encuentro continúa hoy vivo, con toda su belleza, con toda su verdad, con toda la fuerza que tiene para iluminar nuestra inteligencia, cautivar nuestro corazón, cambiar nuestra vida. Dios sigue hablando... Y por eso la fe, como respuesta a Dios de toda la vida, sigue siendo posible.

Pero ¿dónde encontramos esta Palabra? ¿Cómo escucharla? ¿Cómo crecer y vivir de ella? Ya hemos respondido en parte, como en una especie de resumen previo, a estas preguntas. La Palabra de Dios, la Revelación, sigue presente entre nosotros porque se transmite como vida de generación en generación. Vida se refiere aquí al conjunto de la existencia. Se refiere por tanto a la vida de la Iglesia, a la concreta existencia de los cristianos de todas las generaciones, desde la primera hasta nosotros. En la fe común de todos, que se ha expresado de mil maneras, en diferentes lenguas, con diferentes matices, y que llega a nosotros hoy encontramos, en primer lugar, la Palabra de Dios. Llega a nosotros en la vida de la Iglesia.

Insisto en algo ya dicho: Palabra de Dios no es sólo la Biblia, es también todo lo que constituye Tradición en sentido estricto: la liturgia, sus ritos y sus textos; los santos, su vida y sus obras; el testimonio de los mártires y de los que han vivido heroicamente la caridad. En la Iglesia que nos transmite el Evangelio, que nos enseña a rezar, que nos entrega los sacramentos; en la Iglesia que nos da hermanos que nos hacen crecer en la fe. En la misma Iglesia que nos da pastores (el Papa, los obispos unidos a él, los presbíteros unidos a la Iglesia) que nos enseñan con autoridad y son signo de unidad y de comunión. La Iglesia es, pues, el primer ámbito en el que se hace posible nuestra fe. Decimos “nuestra” fe en un sentido fuerte. “Yo creo” es mi forma de adherirme a la fe de la Iglesia, de expresarla. Por eso también se usa el plural, porque nuestro “Creo” se hace posible en el “creemos” de todos. No podríamos conocer a Dios ni al Señor si no por la vida de los cristianos que han conformado la Iglesia y que lo siguen haciendo hoy.

Dios nos habla también hoy personalmente. La Iglesia, con su liturgia y con otras modalidades nos enseña a orar. La oración es, fundamentalmente, diálogo con Dios. Supone “escuchar”, en primer lugar, pero también hablar al Señor. No es una simple recitación de fórmulas aprendidas. La oración vocal es importante, nos educa en el modo y en el contenido de nuestra oración personal. Orar es encontrarse con el Señor que, en el silencio, nos habla, se nos entrega, nos aman y nos invita a escucharle, a imitarle, a seguirle. La oración es ámbito necesario mediante el cual nuestra fe crece y madura, se hace más sólida, más firme, más vital. Para que nuestra oración personal –siempre subjetiva– no se tuerza, tenemos el modelo precioso –y la fuente– de la oración bíblica y la oración litúrgica. Los Salmos y otras oraciones que encontramos en la Sagrada Escritura son oraciones que Dios mismo nos ha entregado. Así mismo, tenemos los textos litúrgicos, principalmente los de la Misa: las oraciones de la Misa, la gran Plegaria Eucarística, los Prefacios. Convertidos en fuente de nuestra oración personal, le dan consistencia, objetividad, nos introducen en el ámbito más grande de la comunión con todos.

Para que nuestra fe crezca necesitamos maestros de oración, y tenemos derecho a reclamar que nos enseñen a orar, que quienes pueden y deben dediquen tiempo a enseñarnos a orar y a poder descubrir a Jesús que nos habla en los acontecimientos de nuestra vida.

La fe crece también con el estudio de la misma y, también, con el testimonio que damos de ella. En primer lugar, el estudio. La fe tiene un contenido: lo que Dios ha hecho en la historia, lo que Él nos ha dicho. Conocerlo, estudiarlo de verdad es un modo muy personal de hacerlo nuestro, de conocer al Señor para amarlo. También en esto tenemos derecho a ser ayudados con múltiples iniciativas. Pero no esperemos a que nos lleguen, busquemos cómo podemos hacerlo, qué instrumentos (la Biblia, el Catecismo, otros libros o ámbitos de formación...) Conocer al Señor para poder anunciarlo y entregarlo a los demás. Este es el otro ámbito formidable de crecimiento en la fe: el anuncio de la misma, el compartir lo que hemos recibido con otros que no han tenido hasta ahora tanta suerte como nosotros. No hay mejor modo de que la fe se mantenga viva y sólida, y de que crezca, que comunicarla con alegría. No puede ser de otro modo, pues la fe —esta amistad con el Señor que invade mi inteligencia, que me hace conocer y mirar el mundo y las personas de otro modo— genera alegría y certeza, y, sobre todo, la confianza de saberse amado por encima de toda circunstancia. Que resplandezca esta fe en nuestra vida y que con ella podamos también iluminar a todos aquellos que estén cerca de nosotros.